

**Retos de la sociología jurídica:
¿Educar para la democracia o democracia para la educación?¹**

Es un lugar común asumir que la democracia busca hacernos más humanos; construir, educar y garantizar entre otros aspectos la salud pública, seguridad y las formas de intercambio. Ahora, ¿cómo se logran los fines de la democracia? Existen tres principios que determinan el que los proyectos de vida modernos den cuenta de su realización: reconocimiento del origen, normas claras y división coherente de funciones; tales principios comprometen la existencia de dos elementos que son los que convocan esta reflexión; democracia y educación. Sin embargo ellos generan lo que podría ser un dilema innecesario: ¿necesitamos democracia para conseguir educación o, como parece avizorarse a primera vista, educación para lograr la democracia?

Precisiones necesarias

La democracia que originalmente se pensó como el gobierno del pueblo para el pueblo ha sido, en realidad, el gobierno de los representantes del pueblo para el pueblo, es decir, lo que se ha implementado es la democracia representativa; la democracia directa difícilmente se puede implementar en tanto connota la existencia de pueblos pequeños en términos de número de habitantes. Quizás Suiza es la única experiencia de democracia directa en la que se ha logrado ejercer de manera directa históricamente (Lissidini , 2007). Así, sin necesidad de que el modelo social lo reconozca se pueden hallar experiencias democráticas previas a la modernidad, Carlo Magno convocaba debates con los señores feudales para definir formas de acción y a lo largo de la Edad Media se mantendrá la práctica² (Halphen, 1992); en el Norte de Europa los Vikingos desarrollaron debates públicos para decidir el rumbo de la comunidad (Moskowich-Spiegel Fandiño, 2002), se trata de experiencias que van más allá de lo que

¹ Katerine Hernández Tirado, abogada, Magister en gobierno, profesora asociada Universidad Pontificia Bolivariana Seccional Montería, katerine.hernandez@upb.edu.co

² Recuérdese lo sucedido “en el Concilio de Fráncfort del año 794 en el que la discusión se refirió, entre otros temas al de la herejía *adopcionista* de los obispos Felix de Urgel y Ulpiano de Toledo.”

tradicionalmente se asume en el discurso para asignar a Grecia como el modelo por excelencia antes de la Revolución norteamericana y la Revolución Francesa.

Los grupos productivos, desde antes del cristianismo ya actúan democráticamente, aunque en forma restrictiva (Kantor, 2004). Los grupos productivos pre-cristianos del medio oriente donde cada uno aportaban discursivamente desde sus conocimientos técnicos, con la fuerza física para que la comunidad mejorar cada día; para que la tierra y los recursos se entregaran de manera justa es decir, se entregaran para el manejo los recursos, no para el enriquecimiento personal. Este modelo se implementara más de veinte siglos después en los Kibutz del Estado israelí.

Los modelos fundacionales

Es posible hallar en un recorrido histórico varios modelos básicos que fundamentan la democracia moderna: el que nace de la Biblia, en tanto el papel del profeta que aconseja al rey, existe una forma de unión del pueblo para criticar al rey. El profeta representa la moral y esta tiene poder de influencia en las decisiones que afectan al pueblo. Un segundo modelo es el Griego, en el que se nombran por grupos, representantes que serán los que gobiernan, son representantes que cumplen condiciones. Que garanticen el interés por la ciudad que habrían de gobernar. La democracia romana, basada en el modelo griego y perfeccionado según las características históricas particulares será el tercer modelo, desde la república un grupo de senadores le presentan al César las inquietudes y propuestas con que habría de gobernar, otra forma de democracia, aunque se fundara en la existencia de clientelas electorales.

Otro modelo aparece en el renacimiento, así, entre otros, Maquiavelo, Hobbes, Spinoza (Bobbio , 1996), conforman los grandes conceptos democráticos para dar pie a la primera democracia real, con George Washington, primer presidente en el mundo; donde el ciudadano asume el voto como una vocación democrática en tanto no se excluye como en los modelos presentados anteriormente a la mayoría. Es allí, en Norteamérica donde se genera la práctica de incentivar al elector a decidir. El último

modelo fundacional se encuentra en la Revolución Francesa, de más lenta consolidación si se le compara con Norteamérica,

Lo que busca la democracia moderna

Asumimos que la democracia moderna (Bobbio, Democracia y sistema internacional, 1994) establece y defiende los principios de tolerancia (conocer porque el otro es como es) hace de las ciudades las más seguras posibles (donde no haya miedo), es decir, construir ciudad y ciudadanía; el tercer elemento es, entonces, el bienestar común, que garantice que las próximas generaciones lleguen a un mejor lugar, por ello, las democracias son entendidas como proyectivas. Ahora bien, el logro de los objetivos de la democracia solo puede ser resuelto en la medida que el modelo político sea real, efectivo, claro y fuerte, tales condiciones solo se cumplen para cada caso específico de los principios enunciados anteriormente.

El origen

No resulta suficiente con el reconocimiento del concepto, más bien, se trata de reconocer las condiciones en que se implementa el modelo democrático en cada caso particular; identificar las condiciones en que se decidió o se adoptó la democracia como forma de gobierno. No resulta igualmente efectivo el gobierno cuando es impuesto que cuando es adoptado por consenso, por voluntad del pueblo gobernado. Reconocer que se asume una forma de gobierno en lugar de otra es validar las condiciones particulares de cada pueblo, es reconocer la historia y las formas de relacionarse propias, es actuar de manera coherente con lo que se ha sido.

El origen de los pueblos exitosamente democráticos, aquellos en los que hoy el modelo democrático se ha hecho fuerte y se fortalece está determinado inicialmente por mitos propios, por eventos fundacionales que, aunque no son reales, si son compartidos por los ciudadanos, así podemos entender que para los griegos había, como para los

romanos, un origen determinado , compartido y aceptado, sus dioses, héroes y hazañas aunaban al pueblo en torno a formas de comportamiento y aceptación de sus condiciones, proyectos y posibilitaban el reconocimiento de la forma de gobierno y de sus gobernantes, en ellos se reconocían los ciudadanos y de ellos tomaban el modelo comportamental³. La modernidad nos ofrece, en el origen mítico, artificial del “destino manifiesto” norteamericano una ocasión de convergencia de voluntades. Igual esquema interpretativo podríamos aplicar para cada una de los Estados occidentales que se toman como referencia al pensar en democracias exitosas.

El caso colombiano no responde a este principio en tanto la democracia nacional se funda no en el hecho compartido de voluntades que se aúnan sino todo lo contrario, en el establecimiento constante de esquemas separatistas. El fortalecimiento de las identidades regionales en detrimento de la nación no opera a favor de una democracia amplia y fuerte, más bien, determina la particularización de intereses diferenciados, que imposibilitan consensos, que deslegitima al elegido por no compartir tradiciones, intereses y cosmovisiones. No se trata de que la democracia niegue la región pues está visto que países constituidos sobre la base de la diversidad operan bajo regímenes democráticos fortalecidos, es más bien que en ellos la diferencia es solo formal, esencialmente, como pueblos logran compartir la posibilidad de ser gobernados por quienes respetan los elementos diferenciadores y potencian los aspectos vinculantes.

Normas claras

La democracia se funda bajo la premisa de leyes que se respetan porque representa verdaderamente a los gobernados, porque ordenan y procuran que el error sea mínimo, porque no gobiernan para la excepción sino para la generalidad. El sistema democrático exige permanencia de la ley, así, la modificación constante, la adaptación sin maduración dan cuenta del establecimiento de normas por contingencia ante los problemas y no de reflexión ante el hecho cultural o social. Pretender modificar frecuentemente la norma no permite aceptación de la misma, no posibilita la

³ Ya en el mito sobre el origen Hesíodo (Mirralles, 1975), nos dio muestra de las pasiones humanas que se asemejan a la de sus dioses.

apropiación por parte de los gobernados. Resulta imposible para cualquier población ver en el mediano tiempo cosechar resultados que permitan evaluar la efectividad de un proceso si las reglas de comportamiento se modifican con frecuencia que no responde más que a la contingencia.

El sistema educativo colombiano, por ejemplo, ha modificado en los últimos veinte años en repetidas ocasiones el sistema de evaluación, no hay dos generaciones de estudiantes que hayan sido evaluados con los mismos parámetros⁴; se cambia el modelo para tratar de mostrar resultados, no de mejorar procesos y de esa manera no se resuelve el rendimiento académico. Establecer normas duraderas solo es posible cuando la sociedad se lee así misma y no cuando copia modelos para lograr semejanzas o responder a estándares en los que no se reconoce o para los que no está preparada.

División coherente de funciones

El punto de equilibrio que determina realmente la democracia, tanto como la educación está en las funciones asignadas a cada individuo o institución. Tal asignación solo puede resultar justa y efectiva si es producto de la conciencia de que cada ciudadano tiene de la importancia de su papel para el funcionamiento adecuado de la sociedad. Las democracias modernas efectivas, tanto como los sistemas de educación que se proyectan y aportan condiciones de progreso para todos, que es el fin de la democracia, solo lo logran cuando cada uno tiene las mismas oportunidades y condiciones de aplicación de sus potencialidades (Bobbio, Democracia y sistema internacional, 1994). En el logro de este fin, la educación deberá ser coherente con el propósito que la sociedad se ha trazado.

La nuestra es una educación, una sociedad y una democracia que forma para el miedo, no para la elección. No hay intención de preparar al ciudadano para que asuma su papel sino para que no realice determinados trabajos o asuma conductas específicas, esa no es educación. Las democracias y los sistemas de educación propician el que los individuos

⁴ Véase la Fundamentación y orientación del Decreto 1290 de 2009 (Ministerio de Educación, 2009)

vivan en libertad su propio proyecto de vida pero en la responsabilidad con el otro, con el entorno, con la diferencia. Sólo en la medida que se aprenda a respetar la convicción propia y la del otro que nos constituye se hacen práctica la democracia y la educación. Tal reconocimiento depende, así, del ajuste de las funciones realizadas en el marco de la sociedad con las condiciones que se tienen para realizarlas.

Cabe preguntarse, desde lo presentado, ¿Cuál es el papel de la educación en nuestra democracia? ¿Qué nivel de importancia práctica tiene la educación en nuestro día a día para el logro de los proyectos trazados? ¿Es respetada la formación académica, la educación en las políticas y en la vida cotidiana? No podemos perder de vista que las democracias modernas en la búsqueda de sus fines procuran aplicar el concepto de justicia, esto es, dar a cada quien lo que corresponde⁵. Cuando la educación es de calidad y con las mismas condiciones para todos, todos fortalecen la democracia.

Educación y modelos comportamentales

Ahora bien, cuando se revisan los distintos procesos de reformulación de la educación y la intención que los ha animado, no sólo para el caso colombiano, se debería tener en cuenta que los ejemplos a seguir han procurado y de cierta manera desarrollar proyectos de Educación para conocer los errores cometidos y no volverlos a repetir. Aunque parezca difícil imaginar sociedades que busquen lo contrario, una mirada a nuestro entorno y el análisis juicioso de nuestro modelo y sus consecuencias para las formas de actuar políticamente nos debería poner sobre aviso. Aprender de la historia propia funciona no solo como individuos sino también como Estado.

Los modelos de educación cumplen, cuando están diseñados para el progreso, con la tarea principal de capitalizar lo vivido. Buena parte de América Latina se repite constantemente que repetimos nuestra historia y ello es indicador de que la educación

⁵ Como lo afirma Atienza “Mientras que la Justicia a través de la cual se da a cada uno en igual medida la llama Aristóteles justicia sinalagmática ... Esta puede dividirse, a su vez, en voluntaria e involuntaria, según se aplique a relaciones o a relaciones que derivan de contratos (igualdad o equivalencia, por ejemplo, entre lo que se da y lo que se recibe) o las relaciones que sean producto de actos ilícitos (equivalencia o proporción entre el delito y la pena). (Atienza, 2010)

no ha sido efectiva como instrumento moldeador de nuestro modelo social, político, económico o jurídico. Más de quinientos años de dependencia de otros modelos hoy se deberían ver como invitación propiciar un modelo educativo de reconocimiento propio, de valoración de la experiencia lograda y sin embargo se continúa negando o subvalorando lo aprendido. Hay, podría pensarse, una sensación de letargo institucional cuando se piensa en la educación; un temor a construir proyectos que modifique un sistema que ha resultado cómodo para pocos; desconfianza por los resultados que se podrían lograr educando para el reconocimiento y no para la imitación.

Habría que educar para la política, que es lo mismo que educar para vivir en comunidad, y sin embargo se ha venido entendiendo a nivel continental que la política y educación son discursos opuestos. De política es de lo que menos se habla en la educación porque aprendimos a tenerle miedo a esa palabra. Hay una actitud hipócrita frente a la política en las aulas porque se ha entendido como práctica exclusiva para detentar el poder, corrupto en el imaginario popular y con algo de razón seguramente, la política como práctica de vida no existe en las aulas. Aprendemos a despreciarla, señalarla, estigmatizarla, a ella y más que nada a quienes la representan. Es ese el peor indicador del modelo educativo en que se forman las jóvenes generaciones.⁶

Una sociedad que desprecia la política realmente se desprecia a sí misma; no confiar, con suficientes motivos en sus representantes, en sus gobernantes es el síntoma de que la educación no ha funcionado. No hay democracia sin educación; ya desde la Cásica Grecia nos advertían Platón y Aristóteles de tal peligro cuando despreciaban el gobierno de quienes no tomaban en cuenta el interés general, que ahora como entonces, llamaban tiranía. El imperio de quienes ignoran que pueden ser más y mejores si se educa a la mayoría.

⁶ No existen en el modelo colombiano una estructura educativa pensada para un ciudadano en Paz, un ciudadano que tenga conciencia de que es el dueño de lo que sucede en su territorio, que elegir es elegirse. Prueba de ello es que los ejercicios de control social son escasos y lo que existen no tiene eco en los organismos de Control y que el mecanismo de participación que más eco tiene en Colombia es el voto con alarmantes cifras de abstención (en las elecciones de 2014 en Cámara solo participaron el 43.58% en elecciones para el senado y 43,57% para Cámara de los 32,7 Millones convocados. (El Espectador , 2014)

No debería sorprender pensar que educar no es recibir datos, que es lo tradicional en nuestras escuelas. Habrá quienes a manera de excepción se alcen para defender proyectos de aula que merecen ser destacados porque ha procurado innovar y tendrán razón en merecer aplauso y sin embargo estrían corroborando lo que aquí se cuestiona. Educar no es recibir datos, es tomarlos, no para repetirlos sino para corroborarlos o replantearlos y potenciarlos en la búsqueda de resolver problemas reales. Los modelos educativos latinoamericanos se fundan en una práctica que no distingue entre la iglesia y la escuela, que parece confundir las dos instituciones en su función social. Si a una se va a creer a la otra debería irse a cuestionar, a desconfiar, a proponer. Esa es la tarea de la escuela en las sociedades de avanzada históricamente.

Claro está la historia de los países latinoamericanos ha estado determinada por una actitud más confiada en el fortalecimiento de sus instituciones y no en el desarrollo de modelos que propicien condiciones propias de transformación social. Un modelo desde el cual la fuerza se ha reemplazado paulatinamente por el elogio sin que medie una intención verdadera de transformación. No ha habido una vinculación real con proyectos de transformación para el mejoramiento sino con el cambio. Lo que se ha buscado es cambiar, dejar de ser como se ha sido pero sin un rumbo claro. Pasamos de expresiones históricamente fuertes como “la letra con sangre entra” a deseos de tolerancia para la educación y ello sin haber reflexionado sobre los componentes de la ecuación fundamental: tolerancia y educación. ¿Que toleramos y por qué? ¿Qué, cómo y a quiénes educamos? Resolver tales interrogantes con argumentos propios, que tengan en cuenta contexto y argumentos propios es comenzar a construir democracia real.

Para ilustrar habría que ver de qué manera se fortalecen los pueblos cuando piensan sus formulas de educación para ajustarlos a lo que se proponen en términos de grandeza, justicia y proyección. La Grecia de la que se ha servido este texto, vuelve a servir de ejemplo. Su modelo de educación se transformó de acuerdo con las necesidades de la sociedad y no del capricho que las modas o los gobernantes. Hoy podemos reconocer que se pasó con beneficio social de la Academia platónica, dónde se impartía cátedra, al Liceo, donde caminando enseñaba y resolvían preguntas; el modelo se ajustó en el Jardín de Epicuro donde se discutía para obtener placer, placer que generaba dicha,

dicha que se procuraba extender para mantenerse en tal estado. Una educación para estar bien en comunidad; un modelo de educación que políticamente se manifestó en el fortalecimiento del bien común, de la democracia. (Díaz Lavado, 2001)

No es fue embargo patrimonio exclusivo de griegos la educación que se manifiesta políticamente en el fortalecimiento de orden social deseado. La Iglesia nos ha enseñado desde siempre que es la educación la estrategia para hacer de la sociedad aquello que se desea; así, cuando revisamos las formas de acción con que se han desarrollado las propuestas religiosas que se han mantenido en el tiempo y en los que confía la gente porque se representan en ellas, vemos que, por ejemplo, la sinagoga sirve para educar en un modelo que en el que la filosofía está supeditada a la fe; igual sucede con las capillas y abadías. En ellas se desarrollan prácticas colectivas que con un proyecto de futuro, de respeto con el pasado, se busca establecer comportamientos respetuosos de un proyecto propio.

Protagonistas de la educación

¿Cómo educar para la democracia? La pregunta que orienta esta disertación presenta la más obvia de las respuestas y sin embargo muestra su real complejidad, educar para la democracia o educar desde la democracia resulta un dilema procedimental que a la larga convoca a reflexionar sobre algo ya tratado: la división de funciones. Quienes educan y el papel de los educadores en la búsqueda de un modelo participativo y comprometido con el bienestar general, que respete la diversidad de posibilidades existente hoy en cualquier sociedad. Se parte de la aceptación de que hoy no existen sociedades puras, hay por el contrario, una mezcla de posibilidades que comprometen diversidad de pensamientos y formas de entender el mundo. En ese sentido, habría que comenzar por educar a los padres, que son, en principio quienes ofrecen las primeras bases comportamentales a las nuevas generaciones. Se trata de dar un estatus de verdadero respeto a los educadores; de reconocer la importancia del modelo democrático desde el reconocimiento de que no existe democracia sino es desde el hogar.

Se funda un modelo democrático desde las primeras formas de relación de los individuos con el mundo y esto es desde la casa. Pensar la política es pensar la familia, ese espacio en el que se consolidan los primeros pasos para acercarse efectivamente a la escuela que, para el caso latinoamericano, como en las primeras iglesias, comprometen antes que nada las condiciones desde las cuales se enseña a escribir, argumentar y cantar, además de astronomía y matemáticas. Diseñar modelos lógicos de aprendizaje que permitan que cada esfera del comportamiento reconozca la necesidad de vivir en y para la comunidad. La verdadera dificultad radica entonces en superponerse a la tendencia universalizante del individualismo mal entendido, ese que pone al individuo por encima de la sociedad; negación de la democracia.

La democracia y la educación

Educar para vivir entre otros que se respetan y valoran es educar para la democracia. Educar ética y moralmente es educar para comprender el valor del otro, educar para la vida, no para el mercado. El énfasis se pone hoy en la sobre vivencia, la consecución de posibilidades que permitan competir en el mercado por mejores condiciones por encima de la posibilidad de vivir coherentemente con las condiciones propias de cada contexto. El estudiante aprende del maestro lo que este le presenta y en las condiciones nuestras el maestro es un obrero que no se reconoce ni es reconocido. Afrontar la posibilidad de que las nuevas generaciones, como en el pasado, entienden la escuela, el colegio y aún la universidad como un lugar de paso que hay que superar y no que vivir como determinante del camino elegido.

Las condiciones académicas y económicas de los maestros determinan el grado de avance hacia un proyecto coherente de futuro para cada sociedad. Puede afirmarse, desde esta premisa que la radiografía de cada sociedad es la condición en que se educan los jóvenes. ¿Cuál es el estatus del maestro en América latina? La de un empleado mal pagado y pocas veces capacitado suficientemente para asumir la responsabilidad de servir como modelo a seguir. Los estudiantes no sólo aprenden lo que sabe el maestro sino que aprenden la forma de vivir del maestro, sus expresiones, prácticas y discursos.

Son pocos los casos en que se reconoce como posibilidad el deseo de que las nuevas generaciones asuman con beneplácito la vocación de la docencia y esto se justifica en las condiciones que para ellos ha determinado la sociedad.

Un mercado cada vez más competido y pagado insuficientemente, con grandes conflictos por resolver y sin grandes logros de que enorgullecerse. Buscar responsabilidades y delegar culpas resulta sencillo, afrontar compromisos y resolver estructuralmente tal situación se presenta como un desafío urgente. Sin embargo las condiciones habrá que generarlas, no se dan por simple reacción ante el discurso, ni de pocos se logrará. Se requiere, sin duda, de voluntad política y compromiso social tanto como de trabajo individual. La sumatoria de estos elementos de seguro arrojaría como posibilidad una transformación deseada tanto como aplazada.

¿Qué enseñar?

Los modelos políticos y educativos implementados en nuestro contexto se han caracterizado por la importación de saberes sin la reflexión que los funda, un aprendizaje que oscila entre la memoria y el deseo, entre la evaluación de lo aprendido y repetido sin error y no como se espera en la capacidad de contradecir con argumentos. Se le tiene amor a la certeza y terror a la pregunta. Quienes se enfrentan aun auditorio esperan ilustrar en lugar de propiciar preguntas y esa es la trampa que habrá que superar. La democracia no es una solución a los problemas sino un instrumento para acercarse a la solución de los mismos. La democracia no es un fin sino un medio; la educación igual, no es educación fin sino educación como medio para lograr lo que se quiere. Habría que abogar por la pregunta incomoda más que por la comfortable respuesta. Kant nos enseñó que la ilustración es invitación para completar lo que se sabe y no habilidad de reproducirlo. (Kant, 1784)

De cualquier manera, el sistema político y el educativo se ha prendado de formulas que resultan efectivas en el corto plazo y la verdadera democracia como la verdadera educación prueban su fortaleza en el largo plazo. No se trata de elecciones constante ni de calificaciones excelentes sino de compromiso con las decisiones y aportes a los

racionales y lógicos a los conocimientos verificados. No es un invento moderno, tanto el método científico como la tan nombrada dialéctica lo que determina realmente política y educación. Valorar y respetar lo que se ha construido, pero hacerlo sin reverencia, cuestionar su validez y proponer formulas de mejoramiento coherentes con el tiempo que se vive y las condiciones que determinan la sociedad. Esa es la democracia real, la que se piensa para todos en condiciones de oportunidades equiparables más que la que se procura para dar oportunidades y privilegios. Estos vienen por reconocimiento merecido, no por uso de estrategias en desmedro de la multitud.

Cada sociedad tiene lógicas propias que se confunden con generalidades y estas se llevan al plano de la educación. Si hay que reivindicar un modelo para la democracia y por ende para la educación es aquel que determina el conocimiento de las partes para entender las generalidades. No se trata, como se practica tradicionalmente, de entender el universo Proxy mismo sino de la importancia de cada partícula que compone ese macro cosmos. La democracia funciona adecuadamente cuando se sabe la importancia de cada instancia que compromete. La educación es determinante cuando se conoce el proceso. La evaluación hoy, tanto de la democracia como de educación se centra en el resultado más que en la explicación y apropiación de lo que comprometen ambas instancias sociales. Hay una suerte de azar en lo que se viene asumiendo como resultados, una elección predeterminada como cierta que define la adopción de verdades que ya no se cuestionan. Encuestas y Ecaes ofrecen respuestas sobre las que se debe dictar con fe, sin discusión; tales respuestas, elaboradas por quines detentan la verdad sol la única elección y allí no hay elección.

La apuesta por el futuro

Rousseau (Bobbio , La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político, 1996) planteó un dilema que para esta reflexión resulta determinante: Educar desde la razón o desde la emoción. ¿Hacer sensible el saber o razonar sobre lo aprendido? La educación en esencia busca conservar la costumbre, que ésta continúe y si ese precepto, adoptado por casi todas las culturas se valida tendríamos que aceptar el

que nuestra historia no puede enorgullecer, la sucesión de violencias que nos duelen por absurdas no debería repetirse y sin embargo lo hace. Generación tras generación se han visto aparecer nuevos actores para los viejos conflictos por resolver que sin embargo no se apaciguan, no lo hacen porque persistimos en el error, en el sostenimiento de prácticas que determinan la permanencia de lo que más cuestionamos: la no sociedad; la constante negación o subvaloración del otro que se supedita a quien se impone, no a quien se reconoce.

Hay, sin embargo, a pesar de lo planteado, terreno fértil para hacer de este un contexto propicio para la vida con sentido, en el que desde la educación construyamos verdadera democracia. Hay compromiso con una propuesta en la que el maestro descubra la naturaleza del alumno para poderlo dirigir hacia una real participación en la elección de su camino, cuando ese maestro es reconocido, valorado y las condiciones para que realizar su tarea no se determinan por más razones que la construcción de un proceso duradero, amparado en lógicas coherentes con el futuro de formas de acción democráticas y no de sostenimientos de estructuras vetustas, anquilosadas e ineficaces.

Bibliografía.

- Atienza, M. (2010). *El sentido del derecho*. Barcelona : Ariel Derecho.
- Bobbio , N. (1996). *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bobbio, N. (1994). *www.uned.es*. Obtenido de http://espacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=bibliuned:filopoli-1994-4-356CEAB1-E933-6AFF-A0AF-8E49404022A2&dsID=democracia_sistema.pdf
- Díaz Lavado, J. (Febrero de 2001). *www.educarex.es*. Obtenido de [http://bam.educarex.es/gestion_contenidos/ficheros/794\]ActasIIIHumanidades_03.pdf](http://bam.educarex.es/gestion_contenidos/ficheros/794]ActasIIIHumanidades_03.pdf)
- El Espectador . (10 de 03 de 2014). *www.elespectador.com*. Obtenido de <http://www.elespectador.com/noticias/politica/oea-recomienda-colombia-estudiar-fenomeno-de-abstencion-articulo-479848>
- Halphen, L. (1992). Carlomagno y el imperio carolingio . En *Carlomagno y el imperio carolingio* (pág. 178). Madrid : Ediciones Aka.
- Kant, E. (1784). *www.pioneros.puj.edu.co*. Obtenido de <http://pioneros.puj.edu.co/lecturas/interesados/QUE%20ES%20LA%20ILUSTRACION.pdf>
- Kantor, R. (2004). *IUS CANONICUM XLIV 87*. Obtenido de [www.dspace.si.unav.es: http://dspace.si.unav.es/dspace/bitstream/10171/6840/1/87-09.Est.Kantor.pdf](http://dspace.si.unav.es/dspace/bitstream/10171/6840/1/87-09.Est.Kantor.pdf)
- Lissidini , A. (11 de 2007). *Universidad Nacional San Martín*. Obtenido de unsam.extranets.com.ar/escuelas/politica/documentos/27.pdf

- Ministerio de Educación . (2009). *www.mineduacion.gov.co*. Obtenido de http://www.mineduacion.gov.co/1621/articles-213769_archivo_pdf_evaluacion.pdf
- Mirralles, C. (1975). Hesiodo sobre el origen del hombre y el sentido del trabajo y días . *Boletín del centro de estudios Helenicos* , 3-36.
- Moskowich-Spiegel Fandiño, I. S. (Noviembre de 2002). *Cuadernos del CEMyR*. Obtenido de [http://publica.webs.ull.es/upload/REV%20CEMYR/10-2002/04%20\(Isabel%20Sof%C3%ADa%20Moskowich-Spiegel%20Fandi%C3%B1o\).pmd.pdf](http://publica.webs.ull.es/upload/REV%20CEMYR/10-2002/04%20(Isabel%20Sof%C3%ADa%20Moskowich-Spiegel%20Fandi%C3%B1o).pmd.pdf)